Madrid, junio de 1618

Desde que supo de su enfermedad, una especie de inquietud interior obligaba al teniente de alguaciles Mateo Alonso a acudir cada amanecer al Tejar de las Ánimas para disfrutar del silencio que en esos momentos parecía arrullar a la villa de Madrid, aunque no sabía muy bien por qué. Puede que fuera la extraña sensación de sosiego que desprendían los tejados teñidos de azafrán por la primera luz del día lo que le permitía acallar sus propios fantasmas bajo la atenta mirada legión de olmos que cubrían el desnivel existente entre el Alcázar Real y la hondonada del Manzanares, aunque solo fuera un rato. Quizás fuera eso o quizás no, se dijo con cierto aire melancólico mientras miraba el molesto ir y venir de corchetes a su alrededor, pero de lo que sí estaba seguro era que cuando no le dejaban ir a disfrutar de aquel juego de claroscuros se ponía de muy mal humor.

—¡Aquí, mi teniente!

La voz chillona de Diego Saldaña, procedente de la orilla del Manzanares donde le estaba esperando en cuclillas junto al cadáver de otra mujer, obligó al teniente de alguaciles de los cuarteles de Madrid a girarse sin poder disimular un gesto de fastidio; como veterano soldado que era, no poder cumplir con sus arraigadas costumbres lo ponían de muy mal humor, y más desde que el médico del Depósito Judicial le confirmara que padecía una extraña enfermedad que lo estaba matando lentamente.

—¡Ya le he oído, Saldaña! —farfulló.

Con la excepción de aquella mañana, en el último año Alonso no había faltado ni un solo día a su cita en el Tejar de las Ánimas, un lugar muy próximo a la ermita de San Isidro, desde donde se podía divisar toda la Villa y Corte. Allí, entre el rocío y las primeras luces bañando tejas, torres y campanarios, solía sentarse un buen rato en soniche, mirando cómo se iba tornando de colores anaranjados la fina línea del horizonte, tan remota en la distancia como lejos quedaban sus años de juventud, cuando un por entonces atolondrado e imberbe corchete se pasaba las noches intercalando las aburridas rondas por los alrededores de la calle de Toledo con la visita a las más de trescientas tabernas que por aquella época se repartían a lo largo y ancho de la capital de las Españas, tugurios peligrosos y sombríos donde la gente de la carda—caleteros, espadachines, alcaluferos, golleros, farafustes, ciquiribailes, cherinoles, murcios, guaneros y valentones de toda laya— afloraba al amparo de la luna para dedicarse en cuerpo y alma a agotar las reservas de caldo turco, desde la caída de la tarde hasta el filo de la aurora, entre brechas, naipes, coimas complacientes, alegres camaradas y lindas cuchilladas en algún lugar apartado y sin más aspiración que, tras el correspondiente apiorno, amanecer al día siguiente con una buena zorra en la cabeza y pocos charnales en la sacocha.

 Ignorando deliberadamente las señales que Diego Saldaña seguía haciendo insistentemente con la mano, Alonso dejó pasar al grupo de corchetes que se desperdigaban por la ribera del Manzanares, atento a la silueta del Real Alcázar, recortada por un sol que ya empezaba a despuntar entre un cielo huérfano de nubes.

—Érase un reloj de sol mal encarado…—comenzó a recitar entre dientes.

Reacio todavía a bajar por la empinada cuesta que llevaba a la orilla del río donde le esperaban Saldaña y el resto de gurulla moviéndose en torno al cadáver, echó un rápido vistazo a su alrededor mientras trataba de recordar el momento en el que perdió las ganas de vivir. Quizás cuando tuvo supo que ya no le quedaba tiempo, se dijo con una mueca.

<<Tempus fugit>>. Al recordar la vieja locución latina un escalofrío recorrió la espalda del teniente de alguaciles de arriba a abajo. Desde que los síntomas de su enfermedad se habían hecho cada vez más patentes—el temblor descontrolado en el brazo izquierdo y un acuciante problema de equilibrio eran los síntomas más evidentes—, su concepto del tiempo había cambiado por completo: el futuro ya no se avistaba, el presente se extinguía a toda prisa y el pasado revoloteaba en su mente en forma de nostálgicos recuerdos.

Esa nueva mentalidad le había hecho darse cuenta del valor de cada minuto de su vida, y por eso acudía al Tejar de las Ánimas al rayar el alba, dispuesto a no perderse el que podría ser su último amanecer. Al fin y al cabo, ¿qué había mejor que hacer para un hombre que frisaba los cincuenta años, sin más logro en la vida que un honorífico cargo de teniente de alguaciles—esa era la forma fina de retirar de las rondas a los viejos como él— y aquejado de una penosa enfermedad que le hacía tumbarse cada noche sintiendo el gélido aliento de una muerte que no tardaría en llegar?

—¡Teniente!

Con el rostro oculto bajo la sombra de un fresno, Alonso respiró hondo y comenzó a bajar con desgana por el sinuoso camino empedrado que alfombraba la cuesta, haciendo un pequeño alto en el camino para observar con deleite el intenso tono cobrizo del horizonte que, al perfilarse hasta el río, pintaba las tranquilas aguas venidas desde la sierra de Guadarrama de una enigmática tonalidad celeste. Volviendo de su ensimismamiento, continuó con la bajada mientras ,a su alrededor, la villa de Madrid comenzaba a desperezarse al ritmo de los gritos de los vendedores ambulantes, las charlas de ociosos y campesinos que iban a realizar ofrendas a la imagen de Santa María de la Real de la Almudena, ubicada en la iglesia del mismo nombre, y el ir y venir de los mendigos que, con sus tablillas al cuello mostrando heridas de guerra más falsas que un maravedí de estaño, acompañaban a la patulea de mancos, cojos y demás deformados que por mucho que se dijeran de Flandes se divisaba a la legua que lo más cerca que habían estado de un hereje había sido en el corral de comedias del Príncipe.

—¿Qué tenemos, Saldaña? —preguntó nada más llegar a su subordinado, quien, ya incorporado, le esperaba en posición de firmes, ofreciendo un aspecto lustroso que estropeaban dos pequeñas manchas de barro en los gregüescos, a la altura de las rodillas.

—Otro cadáver, mi teniente. De una mujer.

—Veo que no se le escapa un detalle, Saldaña—respondió arisco Alonso. Dando la espalda al alguacil, echó una detenida ojeada al cuerpo, tendido bocarriba sobre un espeso charco de agua.

Al escuchar el comentario, Diego Saldaña mostró aquellos dientes relucientes y ligeramente separados que, junto a los ojos hundidos y un marcado perfil aguileño, conferían al alguacil un aspecto más envejecido de lo que correspondía a un joven de veinticinco años al que le sobraba por los cuatro costados todo lo que a Alonso ya no le quedaba: ambición, juventud y futuro.

—Perdone vuecencia el comentario, mi teniente.

—No me eches requiebros, Saldaña, que no soy tu coima.

—Sí, mi teniente.

Dejándolo por imposible, Alonso se acercó hasta el cadáver sin percatarse que el agua acumulada bajo el cuerpo le iban mojando las punteras de sus botas. Era una joven morena y enjuta, vestida con una sencilla saya de color oscuro, cubierta por un delantal roído por las esquinas, camisa de cuerpo y mangas de nabal que al estar empapada se adhería sobre sus incipientes formas de adolescente.

—¿La han encontrado en esta posición?

—No. Unos agricultores la vieron cómo se tiraba del puente y se lanzaron para salvarla, pero no lo consiguieron.

Inclinándose un poco más, Alonso alargó el brazo y con la mano buena le apartó el pelo oscuro, largo y lacio que, mojado, se le pegaba a la cara. Lo hizo lentamente, como si temiera que el presentimiento que le atenazaba desde que le informaron que había aparecido otra chica muerta se hiciera realidad.

—¡Por los clavos de Cristo!